

ENTREVISTA AL DOCTOR JOSÉ FÉLIX PATIÑO SOBRE LA UNIVERSIDAD NACIONAL



“La gente no conoce a la Universidad Nacional”. José Félix Patiño Restrepo, uno de los médicos más prestigiosos de Colombia y ex rector de esta Universidad, habló sobre la gran reforma que él adelantó, la situación actual de la educación superior pública y la necesidad de que el Estado se preocupe por ella.

Muchas personas consideran que la reforma realizada por usted es la más importante en la historia de la Universidad Nacional. ¿Qué fue lo que encontró y qué fue lo que hizo exactamente? José Félix Patiño: La Universidad estaba en el peor momento de su historia. Entre 1958 y 1964 tuvo ocho rectores; rector que se elegía lo tumbaba el Movimiento Estudiantil. A mi antecesor, Hernando Morales Molina, le pusieron una bomba que por fortuna no dejó muertos. Cuando recibí la rectoría en 1964, ya se conocían los resultados de una comisión creada por el Congreso de la República para saber qué hacer con una Universidad que era ingobernable. La recomendación era: o la cierran o la privatizan.

El presidente Guillermo León Valencia, conservador laureanista con mente muy liberal, me había nombrado antes ministro de Salud y a Pedro Gómez Valderrama de Educación, quien logró sacar la Ley 65 de 1963, que le dio el estatuto a la Universidad Nacional que fue, finalmente, el que permitió que hiciéramos la reforma. Creo que él fue quien salvó a la Nacional.

¿Cómo era antes la Universidad?

J.F.P.: Estaba muy deteriorada e ingobernable. La manejaba el Consejo Académico, que reunía a los 27 decanos de las 27 facultades que agrupaban a las 32 carreras que había en Bogotá. Con la nueva ley se le

restringieron al Consejo Académico los asuntos puramente académicos, mientras que la dirección de la Universidad la asumió un nuevo cuerpo, el Consejo Superior. Y al rector se le entregaron funciones ejecutivas importantes. En medio de ese panorama es que llegó a la rectoría de la Universidad y se logra hacer la reforma estructural más profunda que ha tenido en toda su historia.

¿Qué cambios se dieron en la parte académica?

J.F.P.: La Universidad no es un sitio al que se va a tomar clases solo para obtener un diploma, sino uno en el que hay una vivencia, un ambiente de cultura general y de creación del conocimiento. Contrario a una universidad profesionalizante, como la que había antes, la razón de ser de una universidad es formar ciudadanos, personas que tengan el sentido de responsabilidad, que sepan sus derechos y deberes, que entiendan un actuar ético. Y eso se logra con los estudios generales que deben ver en los primeros años los estudiantes como en las universidades europeas y norteamericanas. En otras palabras, lo que hicimos fue llevar a la Nacional lo que vi, viví y aprendí cuando estuve en Yale, en donde no se va solo a tomar clases, sino a formarse en un rico ambiente académico, humanista, cultural...

En ese sentido, ¿cuál fue la transformación de la Universidad?

J.F.P.: Los estudiantes, y eso lo viví cuando estaba en Medicina, iban solo a tomar sus clases, como en el colegio, pero no había nada más. Por eso, fue importante la decisión que adoptamos de crear bibliotecas, museos, auditorios y demás cosas que permitieron una mejor formación.

¿Exactamente cómo se logró ese cambio?

J.F.P.: En la parte académica creamos los estudios generales para todos los estudiantes de todas las carreras. Eso significaba, por ejemplo, que el estudiante de Medicina recibía las clases del profesor de Sociología, Matemáticas o de Historia, entre otros, los primeros dos años y luego sí aprendía medicina. Por otra parte se integraron las Facultades que tienen conocimiento universal, como Ciencias, Artes y Ciencias Humanas. De las 27 Facultades en Bogotá, quedaron 11. También creamos un plan de bienestar estudiantil muy ambicioso con grandes cafeterías y construimos residencias.

¿Cómo vivían los estudiantes de la Universidad en esa época?, ¿cuál era su condición social?

J.F.P.: Muy buena pregunta porque la reforma no solo fue académica. Yo le pedí a Orlando Fals Borda, que era decano de Sociología, que realizara un estudio sobre cómo estaban viviendo los estudiantes que venían de la provincia. El resultado fue que muchos residían en pensiones, tomaban un cuarto que incluía un desayuno que estaba compuesto por un café y dos panes, los muchachos se tomaban el café con un pan y guardaban el otro para al mediodía, para almorzar con ese pedazo y una gaseosa. Para mí era increíble pensar que uno llegaba a la universidad pública más importante del país a tener que vivir en las condiciones en las que se encontraban estos estudiantes, que no tenían donde comer y vivir, no es lógico.

¿Cuál fue la solución para la situación en la que vivían los estudiantes?

J.F.P.: Se realizó un plan de bienestar estudiantil muy ambicioso. Se planeó la construcción de cafeterías porque el rendimiento intelectual también tiene que ver con la alimentación, eso está estudiado hace mucho tiempo. Se hicieron cafeterías y se analizó el menú que se iba a dar, de manera que se logró tener unas comidas muy agradables. Se construyeron residencias estudiantiles dignas. En 1968, la Universidad tenía cupo para 2.200 de los 8.000 alumnos que había, una cuarta parte contaba con acceso a las residencias y fue un cambio sustancial. Por último, se hizo un nuevo estatuto del profesorado dándole prioridad a la dedicación exclusiva, y una reforma administrativa.

¿Cómo hicieron para financiar toda esa transformación?

J.F.P.: La Universidad estaba desfinanciada. Como había sido ministro del presidente Valencia y conocía a la mayoría de ministros, me quedaba muy fácil la comunicación con él. Tras plantearle los lineamientos de la reforma, el presidente no solo duplicó sino que triplicó el presupuesto que tenía. Pero no era suficiente. Necesitábamos más para mejorar la infraestructura. Por eso, un día fui a la Asamblea Estudiantil, en donde se armaban unas peloteras terribles y se tumbaba a los rectores. Al verme, no sabían si empujarme o saludarme. Agarré el micrófono y les dije: "Esta Universidad necesita una transformación tremenda para bien de ustedes, pero se requiere mucha plata, y yo tengo la posibilidad de conseguirla con el Gobierno de Estados Unidos, con fundaciones de ese país y con el BID". Me chiflaron, me acusaron de ser de la CIA, que le estaba entregando la Universidad al imperialismo... en fin, entonces me inventé una cosa que resultó buenísima. Les propuse que el Consejo Estudiantil almorzara conmigo, primero cada 15 días y después cada 8,

para ver cómo se avanzaba. Al final, los estudiantes fueron el primer y más importante apoyo a la reforma, incluso contra los profesores, que no la querían.

¿Cómo materializó esa ayuda extranjera, justamente en un momento tan antigriego?

J.F.P.: Creo que hubo una conjunción muy interesante. Cuando regresé al país, tras diez años de estar en Yale, me hice muy amigo del embajador de Estados Unidos, quien después fue nombrado en el Departamento de Estado. Eso me facilitó entrar allá. En un viaje, les mostré la compleja situación de la Universidad, y les expliqué que era necesaria una reforma. Además, era el tiempo de la Alianza para el Progreso. Yo había conocido al presidente John F. Kennedy y me había hecho amigo de Robert Kennedy. Gracias a estas y otras relaciones, como la que tuve con la Fundación Rockefeller y otras más, la Universidad logró obtener los recursos para construir todo lo que hicimos.

¿Por qué apoyó tanto a las artes, las humanidades y la música?

J.F.P.: Después de la secundaria, las personas ingresan a una institución como el Sena, que enseña unos oficios, a un instituto politécnico o a una universidad. ¿Cuál es la diferencia? Que en la Nacional hay humanidades y hay artes, que ayudan a formar personas, ciudadanos. Uno no entiende cómo un médico que no es humanista puede ser humanitario.

En la actualidad, ¿usted cree que la formación sigue siendo buena en la Nacional?

J.F.P.: Sigue siendo excelente, a juzgar por indicadores muy precisos como las publicaciones en revistas indexadas, los centros de investigación reconocidos por Colciencias, por los rankings. Es decir, los indicadores de excelencia de la Nacional siguen siendo los mismos de siempre. La gente no sabe, por ejemplo, que la Universidad cuenta con 300 centros de investigación reconocidos, con el Herbario Mutis, tiene la colección de aves o mariposas más grande del mundo, el Museo de Historia de Ciencia Natural que lo puedes colocar en París o Nueva York porque es de primerísimo nivel; o que allí está el legado Pizano, grabados de Rembrandt, de Goya. Las personas no saben lo que es la Nacional, salvo porque oyen o ven que hay unos pocos edificios deteriorados, por las huelgas, las pedreas. Por cierto, ¿hace cuánto que no hay una pedrea?

Los egresados de la Universidad Nacional son excelentes profesionales y son muy destacados en los campos de investigación a nivel nacional e internacional, pero ¿por qué no ocupan altos cargos en el Gobierno como sucedía antes?

J.F.P.: Las posiciones de liderazgo y buena parte de los empleos se los están dando a los egresados de la universidad privada, entre otras cosas, porque a muchas empresas les da miedo el egresado de la universidad pública porque creen que es un tirapiedras, el que hace las huelgas, en fin, todos los prejuicios que ahora rodean a la Universidad Nacional. Pero insisto, no conocen el rigor y la calidad de la educación en la Nacional o el pensamiento crítico que se promueve y el valor de la inclusión.

¿Por qué está ocurriendo eso?

J.F.P.: Lo que ocurrió es que la universidad privada se desarrolló mucho y llegó a niveles de excelencia indiscutibles. Además, hay un cambio en el clima político. Cuando fui rector, entre 1964 y 1966, estaba la Alianza para el Progreso en la que lo público era lo importante. Hoy, por el contrario, el neoliberalismo ha impuesto una lógica contraria, en la que lo privado, el ánimo de lucro es lo importante, el mundo cambió políticamente. En el imaginario de la gente la Universidad es muy de izquierda, y eso lo ven como un inconveniente. J.F.P.: La izquierda siempre ha tenido fuerza en la universidad pública, desde México hasta Argentina, por dos razones. La primera es que el estudiante joven que llega generalmente es de los estratos menos favorecidos y considera que con el planteamiento de izquierda puede ascender socialmente. Y la segunda es que desgraciadamente los partidos políticos sí se meten a la Universidad, pero en la institución prevalece el pensamiento crítico y libre.

¿Considera que la militancia armada fue un problema para la Universidad?

J.F.P.: En América Latina muy pocas guerrillas han durado tanto como en Colombia. Nuestra situación fue diferente. Cuando la guerrilla nació, en 1965 con el ELN y 1966 con las Farc, yo era rector. Esa guerrilla se creó con un sentido idealista estupendo, ellos no estaban pensando en esa época ni en secuestros ni en narcotráfico ni en volar oleoductos y todas las atrocidades que conocimos después. Era una guerrilla con ideales. Por ejemplo, a Camilo Torres se lo sataniza, pero él se fue buscando la equidad social, fue un hombre idealista y maravilloso. Debo

confesar que en ese tiempo, cuando yo tenía 37 años, alcancé a pensar que si no lograba hacer un cambio social importante, yo mismo me hubiera ido para la guerrilla.

¿Qué tiene que hacer la Universidad para que vuelva a tener los puestos de poder que tuvo?

J.F.P.: Lo primero, luchar contra la distorsión de la realidad. Las noticias que se publican de la Nacional son terribles en su mayoría y no muestran la verdad.

En el futuro, ¿qué se debe implementar en la Universidad Nacional?

J.F.P.: El plan de estudios generales que dejamos duró unos pocos años. Hoy, muchos egresados, médicos, economistas, ingenieros de esa época reconocen que los estudios generales y ese ambiente que creamos fue lo mejor que pudieron tener. Es algo parecido a lo que hay en Los Andes. Yo pensaría en uno de los libros de Martha Nussbaum, que muestra cómo la universidad en Estados Unidos y Europa perdió su visión y que ahora lo único que se cree es en aquellas carreras que dan plata. De ahí la pérdida de valor de carreras como Historia o Filosofía, que no vale la pena tenerlas. Precisamente ella reclama que una persona no puede ser un ciudadano responsable si no tiene una formación básica humanística, cultural. Eso fue precisamente lo que hicimos durante mi reforma y, creo yo, es lo que debería volverse a hacer ahora.

¿Precisamente no cree que uno de los grandes problemas es que la Universidad, a pesar de ser pública, está alejada del Gobierno?

J.F.P.: En la inauguración de la cátedra del Sesquicentenario les dije que hay que cambiar la forma como se elige al rector. Como está planteada, forzosamente esa elección termina politizada y se presta para conflictos.

Gracias a la Fundación Rockefeller y a otras instituciones norteamericanas, Patiño pudo construir la Biblioteca Central, porque la comunidad escoge a uno y el Consejo Superior nombra a otro, lo que hace que la comunidad lo vea como alguien ilegítimo. ¿Usted se imagina que en la Universidad de Oxford se haga una consulta entre los estudiantes y profesores para elegir rector?

¿Usted cree que al Estado le interesa la Nacional?

J.F.P.: Al Estado actual no. Salvo el presidente, a quien conozco desde que era niño porque nuestras familias son amigas y su padre siempre apoyó mi trabajo, a ningún funcionario le interesa la Nacional. Juan Manuel Santos sí la respeta mucho, tanto que es el único presidente que ha estado en el León de Greiff en los últimos 40 años entre todos los estudiantes, pero, de ahí para abajo, todos están en contra de la universidad pública; comenzando por el ministro de Hacienda y el jefe de Planeación y los ministros de Educación y Salud. Todos piensan que el futuro del país está en la universidad privada porque ellos tienen una visión neoliberal.

¿Y por qué es tan crítico del neoliberalismo?

J.F.P.: El neoliberalismo no es una filosofía económica, es una religión fundamentalista. Ellos creen que la única manera de sacar al país adelante es con lo privado y con el ánimo de lucro. Por ellos, cerrarían la universidad pública o harían lo que propuso Álvaro Uribe en su momento: que todos los estudiantes paguen 6 millones de pesos o más por semestre, que el Icetex les preste la plata y que la Universidad sea autosostenible... ¿Usted se imagina a un muchacho de Firavitoba (Boyacá), de estrato cero, que estudie en la Nacional y al final de su carrera, para empezar su vida laboral, deba 60 u 80 millones de pesos? Eso desvirtúa por completo el sentido del Estado y de la educación pública. Cuando el general Santander creó la Universidad Central, que es el origen de la Nacional, estableció que era gratuita, por todo lo que eso significa. Pero acá, y en Estados Unidos, la educación y la salud no son públicas.

¿Usted cree que la Universidad tiene hoy los recursos para realizar todos estos cambios?

J.F.P.: Sin duda. Si se mira el informe de 2008 que los europeos hicieron durante la rectoría de Moisés Wasserman se dicen dos cosas que me impresionaron mucho: que la Nacional está gastando por estudiante, en promedio, lo mismo que gastan las universidades europeas. Algo preocupante es que está produciendo la mitad del presupuesto con su trabajo de consultorías, y las universidades no están hechas para eso, salvo si son consultorías para investigar con propósito académico, pero no para sobrevivir. ¿Usted se imagina a la Universidad de Oxford haciendo un contrato con la reina para ver si las carreteras de Gran Bretaña se están deteriorando?

¿Cómo lograr que el Estado le dé importancia a la Universidad, y a la ciencia y la investigación que allí se realizan?

J.F.P.: La Nacional debe tener una claridad sobre qué hacer a largo plazo, y conseguir la plata que se necesite para hacerlo. Creo que se debe seguir el camino de la investigación y de la divulgación; la Universidad tiene que mostrar al país los grandes esfuerzos que se hacen en inclusión, las investigaciones, los desarrollos sociales y culturales, de esa forma se logrará terminar con las generalidades y los estereotipos.

¿Por qué decidió donar su biblioteca a la Nacional y no a Los Andes, en donde también ha estado tan vinculado?

J.F.P.: Porque mi vida ha estado siempre ligada a la Nacional. Mi papá fue el investigador más importante que tuvo Medicina durante la primera mitad del siglo XX, porque estudié allí hasta el 9 de abril de 1948 cuando él decidió enviarme a Yale y, después, porque toda mi vida profesional ha sido con la Nacional, como profesor, rector y directivo. Es claro que también he sido muy amigo de Los Andes porque es un producto del Gimnasio Moderno, del que me gradué y fui muy amigo de Mario Laserna. Hace un tiempo estuve muy enfermo y mi preocupación era qué iba a pasar con mi biblioteca. Tenía varias ofertas, una por ejemplo, de la Luis Ángel Arango, que si la compraba la iba a distribuir por temas, es decir, desaparecerla. A pesar de que me ofrecieron una cifra muy alta, que nunca he tenido en mis manos, decidí que debía estar la Nacional, que siempre ha sido mi casa. Me siento muy tranquilo de que se conservó en un solo recinto, en uno de los edificios que hicimos durante mi rectoría. Espero que se conserve después de que yo me vaya para la otra vida.

"FACTORES OBJETIVOS, Y TAMBIÉN SUBJETIVOS, ALEJAN A MUCHOS DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA"

"LA RAZÓN DE SER DE LA NACIONAL ES FORMAR CIUDADANOS QUE TENGAN SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD"

Diana Rey Melo / Revista Semana

SESQUICENTENARIO 1867-2017 |